

## MI FAMILIA, MI HISTORIA

- ¡Hola, abuela! ¿Cómo andas?
- Hombre, qué sorpresa, ¿vienes a merendar?
- No, vengo a...
- ¿No vienes a merendar?
- Bueno, vaaaale. Si te empeñas, comeré algo.
- Ya me parecía a mí...

Mientras la abuela se dirige a la cocina, el nieto se sienta en la mesa del comedor. Saca su carpeta de la mochila y busca un cuaderno y un bolígrafo. Mientras su abuela prepara la merienda, un chocolate con ese bizcocho que tanto le gusta, comienza a escribir algo en el cuaderno.

Cuando la mujer llega con la bandeja, se sorprende de ver a su nieto escribiendo:

- ¿No pones la tele?
- Hoy no, abuela. Hoy he venido a hablar contigo.
- ¿Te encuentras bien? ¿Ha pasado algo?
- No, no. Es que tengo que hacer un trabajo para clase...
- Ah, vaya. Estáis estudiando los dinosaurios.
- No digas tonterías. Si tú estás estupenda, abuela.
- ¡Uy, qué zalamero! ¡Tú quieres algo más que bizcocho! ¿Qué quieres de verdad?

El nieto baja la cabeza, hace unos garabatos en el cuaderno y escribe símbolos ilegibles en una esquina. No sabe muy bien por dónde empezar. Su abuela espera con la paciencia infinita que solo dan los años y el cariño, sin hacer ningún comentario y sin apenas hacer ruido.

- Pues verás, tengo que hacer un trabajo sobre mi familia en el siglo XX, y tengo que hablar con mis padres y con mis abuelos sobre cómo era su vida, cómo se conocieron y esas cosas.
- Qué cotilla es tu profe, ¿no?
- No, él dice que no le importa mucho la parte personal, sino que tenemos que preguntar principalmente por lo que él llama "el contexto histórico".
- Entiendo. Quieres que te cuente batallitas de la guerra y de cómo vivíamos con Franco, ¿no?
- Pues sí, esa era la idea, pero...
- Pero, ¿qué?
- Pues que ayer mi profesor me contó una historia que me está rayando.
- ¿Rayando?
- Que no se me va de la cabeza, abuela. Y en realidad he venido a contártela. Y luego ya hablamos ¿vale?
- Muy bien, te escucho.

"Es la historia de una chica de veintitantos, que explica que una vez, cuando ya había terminado el instituto, le llamó su antigua profesora para pedirle el teléfono de su abuela. Lo quería porque un señor le había llamado a ella, a la profesora, porque estaba intentando localizar a la abuela. Y en internet había

encontrado su rastro por medio de un trabajo que la chica había hecho para el instituto”

- ¿Me sigues?
- A duras penas, pero creo que sí. Sigue.

“El caso es que la abuela ya había muerto, pero la chica se quedó con la intriga, lógicamente, de saber por qué aquel señor quería localizar a la abuela. Le pidió el contacto a la profesora y quedó con el señor para que se lo explicara. Cuando se encontraron, estuvieron tomando un café, y viendo una exposición sobre los niños de la guerra, porque, no te lo he dicho, pero la abuela de la chica había sido niña de la guerra”

- ¿Tú sabes lo que son los niños de la guerra, abuela?
- ¿Cómo no voy a saberlo, hombre? Los niños que se llevaron a Rusia durante la guerra para que no cayeran en manos del enemigo. Aquí se contaban historias terribles de las calamidades que tuvieron que pasar, los angelitos...
- Eso es, pues esta señora había sido una de ellos.

“Durante el café, el señor le contó que en realidad él estaba buscándola en nombre de otro, un alemán que había conocido a la abuela en la Unión Soviética de joven. Parece ser que la chica y el alemán habían sido novios hasta que ella volvió a España en el año 56”

- Y, como pasa siempre con los hombres, si te he visto no me acuerdo. Si son todos iguales, en Alemania y en Sebastopol.
- No, abuela, deja que te siga contando.

“Cuando ella llegó aquí, siguieron escribiéndose un tiempo, porque parece que estaban muy enamorados. Pero el chico alemán había tenido que volver a Alemania también, y lo había hecho a la parte comunista. Además, su padre, el del chico, era un pez gordo del partido en la RDA, y le obligó a terminar aquella relación porque ella vivía en la España franquista, y eso podía ser mal interpretado. No debían andarse con bromas los de la Stasi”

- ¿Quiénes?
- Los de la Stasi. La policía secreta de la Alemania comunista. Como la KGB o la Gestapo.
- Ah, entiendo. No, no se andaban con bromas en esa época en ninguna parte...

“Se escribieron cartas de despedida y nunca volvieron a saber uno del otro. Pero hace unos años, el alemán empezó a buscar a su amor de juventud, y le encargó a un amigo español que le hiciera el favor de intentar localizarla. Y lo hizo. Pero tarde. Ese amigo es el que llamó a la profesora de la chica para preguntar por su abuela, porque había leído el trabajo que había hecho y que la profesora colgó en internet.”

- Qué pena. Hubiera sido bonito que se hubieran vuelto a ver, aunque supongo que luego cada uno había hecho su vida, claro.
- Sí, una pena.

“La chica, la antigua alumna de la profesora, también se quedó muy triste. Y se acordaba de todas las tardes que había ido a pasar a casa de su abuela y de las horas muertas que se habían pasado viendo la tele en vez de hablar. No hacía más que darle vueltas a la cabeza, dándose cuenta de que nunca se había ni siquiera imaginado que su abuela hubiera tenido una historia tan interesante. De hecho, se daba cuenta de que nunca se había parado a pensar en su abuela como alguien que también hubiera sido joven, o que se hubiera podido enamorar tanto, o que hubiera sufrido por tener que dejar a su novio y despedirse de él para siempre”.

- Es lo que pasa con el tiempo, que no vuelve.
- Lo sé. Y ella también lo aprendió.

“Decidió que aquello ya no tenía solución, pero que aún podía hacer algo, en parte para quitarse esa espinita. Llamó a su padre y le pidió que le contara todo lo que recordara de la vida de su abuela en la URSS. Así se enteró de que la llevaron a Rusia cuando tenía cinco años y una hermanita de dos. Que tuvieron que huir de Odessa cuando llegaron los nazis, con apenas una manta llena de chinches. Que una noche, en plena Siberia, se escapó de su residencia y recorrió dos horas a pie el camino hasta la casa de su hermana para que no las volvieran a separar...”

- Ya entiendo lo que te pasa, pero yo no te puedo ayudar. No tengo una historia tan interesante que contarte. Mi vida ha sido mucho más vulgar, más monótona.

El nieto mira a su abuela fijamente. Como si fuera la primera vez que la viera en su vida. Guarda el bolígrafo y el cuaderno en la mochila renunciando a su trabajo y dirige su atención al bizcocho y al chocolate. Coge un trozo y se acomoda en la butaca:

- Puede que sí, abuela. Pero quiero que me cuentes otra cosa.
- ¿El qué, hijo?
- Quiero que me cuentes esos recuerdos que han hecho que hoy te brillen los ojos como yo nunca los había visto.